



LA CORUÑA.

Encuétrase esta ciudad al N. O. de la Península, abrigada por una colina que resguarda la bahía. Son notables sus fortificaciones, cuyo primer origen data desde el reinado de D. Enrique III, pero hasta 1702 no se dió toda la importancia que llegaron á tener las obras de defensa; estas se suspendieron por mucho tiempo, durante el cual se edificaron casas sin tener en cuenta el proyecto que se había comenzado á poner en ejecución, á fin de convertir á la Coruña en una plaza respetable; en 1746, con motivo de los fundados temores que había de que los ingleses la atacasen, se promovió nuevamente la continuación de las obras que existieron hasta el año de 1810, en que fueron demolidas las dos primeras líneas del recinto de la fortificación de la ciudad alta, quedando reducida á la parte que mira al Norte, las fortificaciones de la Pescadería, el castillo de San Anton, ya descrito en este tomo, el de S. Diego, el de Santa Cruz, la batería de Oza y el castillo de Dormideras.

Como ya hemos indicado, la ciudad se divide en dos partes; la ciudad nueva ó Pescadería, que se estiende por una colina hasta los molinos de viento colocados sobre el barrio de Santo Tomás, y la vieja que con situación mas elevada ocupa el extremo

Oriental de aquella Península; la población toda, contando con extramuros, se compone de 496 manzanas, 13 barrios, 102 calles, 11 plazuelas y 3,214 casas. La ciudad y sus arrabales constan de 4,087 vecinos, 19,445 almas.

El pavimento de las calles es de los mejores que se encuentran en las poblaciones de la Península; merecen citarse las plazas de la Constitución, la de la Verdura y la de la Leña.

Las casas de la Coruña, si bien cómodas en lo general, no presentan el brillante aspecto que las de otras capitales de provincia de igual clase, ni en sus edificios públicos se encuentran bellezas que llamen la atención de los amantes de las artes; aun los que pudieran citarse como mas notables, solo presentan masas simétricas comunes en el exterior é interior, sin llevar en su decoración ventaja que no sea de una ordinaria medianía, citaremos no obstante el Palacio, la Aduana, el Consulado, el Hospital, la Cárcel, el Teatro viejo y el nuevo, que sería un edificio notable si concluida la parte interior, que es la que está en uso desde 1844, no se hubiera abandonado el exterior que hermosearía el aspecto público de la ciudad.

Tampoco los templos de la Coruña son notables.

por su arquitectura, ni la Colegiata y parroquia de Santa María del Campo, edificio de orden gótico, pequeño, con tres naves, ni la parroquia de Santiago, del mismo orden arquitectónico que la anterior, ni la de San Jorge, ni la de San Nicolás ofrecen nada notable.

El paseo de la reñion, colocado entre las casas y la muralla, es una alameda con tres calles estrechas formadas de árboles medianamente robustos y con una placeta triangular con bancos de piedra en el espacio que deja la salida de uno de los baluartes de la fortificación; esta y las casas reducen el horizonte de la alameda, que sin embargo es bastante concurrida en el verano, como paseo mas inmediato á la poblacion. El jardín de San Carlos se formó en 1814 en un peñascal situado en el antiguo baluarte de aquel nombre; en el centro se halla el monumento fúnebre donde reposan las cenizas del general inglés Sir Juan Moore, cuyo sepulcro es cuadrilátero, de granito con ángulos almohadillados y en una piedra blanca esta inscripcion:

JOANNES MOORE
EXERCITUS BRITANICI DUX
PROCLIO OCCISUS
A. D. 1809.

Alrededor del monumento hay un parterre con calles espaciosas y dos entradas.

Además de estos paseos pueden considerarse como tales el de Santa Margarita, que es el camino real que se dirige á Bergantiños en el espacio que media desde la puerta de arriba hasta el alto de los molinos que le dan nombre, así como el de la Torre, que principia en el campo de la Leña, sigue por la orilla del mar y se dirige á la famosa Torre de Hércules, dejando á la derecha el cementerio y á la izquierda el parque de San Amaro y permite dilatar la vista por el seno que forma el Atlántico en los puertos de la Coruña, Betanzos y el Ferrol; este paseo no se ha concluido aun.

En punto á fábricas deben citarse la de tabacos de la Palloza, situada en el punto de que toma nombre, la de vidrios en la playa sobre la ansenada del Horzan, y las de jabon, cerveza, mantas de algodón, tejidos ordinarios, fundicion de hierro, conservas alimenticias, salazon de carnes y encerrados.

Como la doctrina de los escritores antiguos, los monumentos ó los nombres de las poblaciones son lo que conduce generalmente á considerarlas en sus primeros tiempos, y en la Coruña existia un edificio verdaderamente notable en época en que se tenia demasiado apego á lo maravilloso, se han dicho mil inexactitudes con referencia á la fundacion de la ciudad. Hay razones poderosas para creer que esta, ó por lo menos su engrandecimiento é importancia, se deben á Trajano, despues ha sido teatro de variados sucesos con los cuales ha padecido mucho, ya durante la dominacion de las naciones del Norte, ya en una sedicion que tuvo lugar en 885 en contra de Alfonso III. Los portugueses se apoderaron de la Coruña en 1370, pero no tardaron en ser lanzados de ella. En su puerto se embarcó D. Pedro de Castilla cuando pasó á Bayona; en el mismo se aprestó la

armada que condujo á la infanta Doña Catalina á Inglaterra. Allí aportaron Doña Juana y el archiduque Felipe I en 28 de Abril de 1506; el emperador Carlos V celebró Cortes en la Coruña antes de marchar á Alemania; el 8 de Abril de 1694 entró en la Coruña la princesa Doña María Ana y de allí partió para Valladolid donde la esperaba el rey para celebrar su boda; en la guerra de la Independencia fué tambien la Coruña teatro de grandes acontecimientos; tan luego como llegó á la ciudad la noticia de las ocurrencias que tuvieron lugar en Madrid el 3 de Mayo de 1808, sus habitantes se dispusieron á resistir las disposiciones de los invasores, y efectivamente el 30 del mismo mes asaltaron el parque apoderándose de 4,000 fusiles y nombrando una junta que despues fué aumentada con los regidores nombrados por los ayuntamientos de las siete capitales de provincia y otras personas distinguidas, tomando el nombre de Junta suprema de Galicia; en el siguiente año sufrió la Coruña un sitio. La fuerza de los franceses la mandaba Soult y la de los ingleses Sir Juan Moore; otras divisiones de reserva se hallaban tambien colocadas á retaguardia; trabóse la batalla el 14 de Enero á las dos de la tarde, en ella salieron gravemente heridos el general Baird y Moore (este último vivió pocas horas), quedando mal paradas las tropas francesas y consiguiendo los ingleses lo que deseaban que era su embarco; la ciudad capituló el dia 19, y el 20 entró el mariscal Soult en la plaza, la cual fué evacuada en 22 de Junio del mismo año.

El dia 18 de Setiembre de 1815 D. Juan Diaz Porlier, mariscal de campo que desde el año anterior estaba preso en el castillo de San Anton, se puso al frente de los batallones de artillería y proclamó la Constitución de 1812, los batallones de marina y Mondoñedo que se hallaban en el Ferrol se le unieron, pero cohechadas sus tropas fué restituido á la Coruña, donde pereció en un cadalso este ilustre general y distinguido español que tantos dias de gloria habia dado á su patria. El 21 de Febrero de 1820 secundó la Coruña el pronunciamiento de la isla de Leon y el 18 de Julio del año 23 sufrió un sitio de los franceses, resistiendo heroicamente hasta que tuvo que rendirse despues de una honrosa capitulación el 10 de Agosto de dicho año, habiendo sufrido un espantoso bombardeo y grandes escaseces de agua y viveres por tener bloqueado el puerto buques franceses.

J. C. DE L.

LA TORRE NUEVA DE PORCUNA.

La antigua Turdetania, cuyos moradores se preciaban de descender de los primitivos españoles aborígenes, era, segun opinion de los mas autorizados escritores, aquel pais, situado entre los rios Anas y Betis; comprendiendo toda la parte meridional de España, que llamamos Andalucía, y aun la Estremadura, desde Badajoz, hasta Paimogo, como nos la describe en su Diccionario el Académico Cortés. Hacia el Oriente de este pais, en el mismo alejamiento, que hoy divide los antiguos reinos de Jaen y Córdoba, se encuentra una poblacion, de origen turdulo, de grande importancia por sus pasados timbres, por su situacion fuerte y ven-

tajosa y por los sucesos, en que tuvo parte desde la conquista de la Bética, por los romanos hasta la conquista de Granada por los reyes de Castilla. Su nombre primitivo, cuyas raíces suponen algunos, ser hebreas, otros fenicias y otros ibéricas ó Encaratas, se componia de dos palabras que significaban; *predio sacro* *predium pontificum*; o lo que es lo mismo *Obulco*, hoy Porcuna. Fué municipio latino, y tuvo el título de *pontifical*, por la celebridad y fama de sus ritos, parte fenicias; derivados de los primeros establecimientos de aquellas gentes en España, parte Cartagineses, y parte romanos. En la coleccion litológica del Cónsul Jacobo de Dary, publicada en el siglo anterior, se cita una bella inscripcion dedicatoria á Ysy, que prueba la verdad de estas conjeturas; y ademas justifica el raro desprendimiento de los pobladores de *Obulco*, cuando prodigaban sus riquezas, en adornar sus divinidades, con presas dignas de los templos de Roma. Fué *Obulco* ciudad opulenta por la estension de su territorio y abundancia de granos, como lo acre-

historiadores ni otros monumentos del tiempo de los Godos, el nombre de aquella poblacion; continuando este silencio en toda la época de los Arabes, los cuales, segun es de creer, la fortificaron y engrandecieron, formando de ella una de las mejores plazas, que guardaban la frontera del reino de Jaen, cuyos soberanos la tuvieron bien abastecida de municiones y soldados, por temor de las invasiones de los ejércitos de Castilla. Conquistado Jaen por San Fernando, con las villas de su territorio, dió la prosperidad perpétua de Porcuna y otras principales, á la órden de Caballeria de la Calatrava, haciendo á Martos su principal cabeza. Las fortificaciones de la primitiva *Obulco* fueron restauradas por los caballeros, confiándose su gobierno á su comendador, encargado de su defensa que era muy importante.

En las crónicas de la Orden y en las de algunos historiadores Arabes se hace mención de las jornadas, á que concurrieron los Concejos y Pendones de Porcuna y otros pueblos fronterizos espuestos, por esta causa, á las frecuentes correrias de los moros Granadinos, quienes habian jurado el esterminio y ruina de todas las villas y castillos, dependientes de Calatrava. Al dar principio el siglo décimo-quinto, tomó las riendas del gobierno de Castilla, con el mando de las tropas de la Frontera, el célebre Infante Don Fernando, llamado el de Antequera, tío y tutor del Rey Don Juan II. En este tiempo era Maestro de Calatrava el valeroso Don Luis de Guzman, cuyos servicios, lealtad y decidido amor á sus Reyes, le granjearon la mas alta reputacion y la mas ilimitada confianza de parte de la corte de Castilla. Hé aquí el resumen de los mas notables acontecimientos de su vida, que nos refiere el Licenciado Caro de Torres, en su *Historia de las Ordenes Militares*, donde se hace mención de la villa Porcuna.—«Estando (dice) el Infante Don Fernando sobre la Villa de Setenil; el Maestre con cuatrocientos de á caballo, y muchos peones, entró á correr la vega de Granada con gente de los concejos de Córdoba y Jaen, con intento de impedir el socorro que los moros querian dar á Setenil. Hicieron gran presa de ganados y esclavos. Y de allí se fué al cerco y le sirvió en él, y en todas las demás que el Infante puso. Y despues que el Rey Don Juan salió de tutela, y se comenzaron las diferencias con los Infantes de Aragon, sus primos, el Maestre estuvo firme y constante en su servicio, y siempre le sirvió con su persona y los caballeros de su orden, sin haver mudanza en tiempo de tantas revueltas. Dió el Rey la Ciudad de Andujar por juro de heredad. Entró el Rey el año de 1434 por la vega de Granada, haciendo la guerra á fuego y sangre. Fué en su servicio el Maestre Don Luis de Guzman con ciento sesenta Caballeros de su Orden muy lucidos, y con otros vasallos, así del campo de Calatrava como de las villas de Martos, Andujar, Porcuna y otras de la Andalucía, y tenia ochocientos de á caballo y seis mil peones, y se juntó con el ejército del Rey Don Juan. Volvió el Rey muy victorioso y conociendo el valor del Maestre, le dejó por General de los Obisapados de Jaen y Córdoba.»

En este tiempo, conociendo el Maestre la necesidad de atender á la defensa del nuevo territorio de su mando, adoptó entre sus primeras medidas la de aumentar la fortaleza de Porcuna, construyendo en la parte mas alta de la poblacion, por el lado que mira al reino de Córdoba, una torre octógona de piedra ciza blanca, de noventa y seis pies de elevacion desde su base hasta el arranque de las almenas. Cada frente ó ochava es de diez y seis pies y medio de ancho por el esterior, y diez y nueve y medio por el interior, formando ángulos obtusos. Tiene una bella escalera de caracol y un *salon de armas* ojival, de ciento ocho pies de circunferencia, en cuya clave, á manera de florón, hay esculpidas las dos *trabas ó grillos* y la *cruc florileada*, símbolos que llevaban en sus pendones los Grandes Maestres de Calatrava. En este salon estuvo preso, despues de la batalla de Martin Gonzalez, Boabdil último Rey moro de Granada, hasta que se ajustaron en Córdoba las condiciones de paz entre este Principe y los Reyes Católicos.



ditan los emblemas del arado y la espiga, esculpidos en sus medallas. En otros ramos de agricultura floreció *Obulco*, en particular el de la ganaderia, criándose en sus campos aquella famosa raza de toros, que dió el nombre á la nacion tartaria; tributando cultos como en Egipto, al buey *Apis*, y esculpiendo su figura con los atributos de la divinidad, en sus monedas. Cuando los romanos dueños de la Peninsula fueron testigos de las rivalidades de César y Pompeyo, *Obulco*, célebre aun por sus privilegios, abrazó la causa del vencedor de Jarsalia, abriéndole sus puertas y acogiendo sus pretensiones. De esta manera, cuando los hijos del desgraciado Pompeyo, alzaron en España la bandera de la rebelion, muchas ciudades visto el ejemplo de *Obulco*, enviaron á César refuerzos en la batalla de Munda. De esta manera, la antigua Porcuna se engrandeció nuevamente, gozando de una larga prosperidad, hasta que la invasion de los bárbaros en el siglo quinto de Jesucristo, asolando las mejores ciudades de la Bética, entregó al saqueo y á la destruccion las ciudades mas notables de la Turdetania, entre ellas el municipio, de que vamos hablando. Por esta razon, quizá no vemos en las actas de los concilios, en las crónicas de los

En la parte exterior de la fortaleza, incrustada en su fábrica, hay una lápida de piedra blanca, en cuya parte inferior se hallan esculpidas en relieve, la cruz y trabas de la Orden, acompañadas de dos escudos de armas en forma de cartelas, con blasones, de calderas jaqueadas y asas de serpientes en sus extremos, orladas de Castillos y Leones, que son las del apellido de Guzman de España. En la parte superior, se lee difícilmente esta inscripción, de cinco líneas, escritas de relieve, en letra monacal:

*Esta Torre mandó hacer el
muy excelso é muy noble Caballero
Don Luis de Guzman, por
la Divina Providencia, Maestro
de Calatrava el año del Señor
de mill é quatrocientos treinta
y dos años.*

La circunstancia de haberse ocupado los autores de la ENCILOPEDIA FRANCESA, de la inscripción y torre arriba descritas, equivocándose por falta de conocimiento de la existencia y contenido de esta lápida y atribuyendo la fundación de la torre al Maestro Don Pedro Tellez Giron, con notable menoscabo de la Cronología de aquel tiempo, nos ha obligado á dar al público estos apuntes creyendo hacer en ello un servicio á la historia y á las antigüedades del Reino de Jaen.

M. DE LA CORTE.

NUTRICIÓN EN LOS VEJETALES.

Los vegetales, esos seres que pueblan gran parte del globo que habitamos, están llamados á él para representar un gran papel; en efecto, sus usos así en la economía como en las artes son numerosísimos, teniendo muchos de ellos importantísimas aplicaciones á la medicina y otras ciencias: sirven de agentes para la organización de la materia, para el sustento de los animales: la desaparición completa de los unos, atraería indispensablemente la muerte de los otros; adornan y hermosean nuestro suelo, templando además el rigor de las estaciones. Nadie ignora sus usos en la economía, en las artes son casi indispensables para cualquier operación por sencilla que sea; conocida su utilidad, pasemos á estudiar los fenómenos tan sencillos como admirables, que suceden en su desarrollo, de cuyo estudio, se pueden deducir consecuencias interesantes, aplicables á su cultivo y á la higiene.

La nutrición es una función propia á todos los seres organizados y vivientes; así como los animales, las plantas están provistas de órganos propios á verificarla, cuales son, la raíz, el tallo, las yemas, las hojas, las estípulas y algunos de estos degenerados.

Los órganos de la nutrición, tienen á su cargo la conservación individual de los vegetales, veamos de qué modo obra cada uno de ellos en su sosten y cuales son las condiciones necesarias para que esta tenga lugar. La raíz, así como los demás órganos que llenan el objeto, se proveen de las materias que les son necesarias á su subsistencia; por medio de la succión ó absorción, la primera introducida en la tierra, se compone en general de partes capilares, termina las en una especie de esponja ó bocas aspirantes,

que se impregnan de la humedad que esta tiene; los segundos absorben de la atmósfera las sustancias y parte del agua, que contiene en vapor no absorbidas por la raíz, indispensables para su nutrición; el agua pues, y el aire son el vehículo de estas. Antiguamente se creyó que el agua era la base de su alimentación, mas no es así, puesto que si se hace vegetar una planta en esta destilada, al abrigo de toda influencia estraña, apenas vive; luego ella sola no es suficiente para verificarla, es necesario que contenga en sí otros principios ajenos á su composición. Las materias así absorbidas, ligeramente modificadas por los agentes físicos y químicos, forman el alimento de los vegetales y constituye la savia, que es en ellos lo que la sangre en los animales. Hecho el análisis de las diferentes partes por donde esta circula en el vegetal, se las ha hallado compuestas de carbono, oxígeno, azoe, sales y metales en el estado de óxidos ó ácidos, el agua no puede haber dado lugar á su formación, pues que no son componentes de ella, lo mismo podemos decir del aire, ¿de qué modo ellas se introducen en el interior de la planta? El carbono no se halla libre en la naturaleza, no es soluble en el agua, pero se combina con el oxígeno, formando el ácido carbónico, este se encuentra libre en abundancia en el seno de la tierra y en el abono con que estas se benefician, es soluble, luego es evidente que es absorbido por la raíz: ahora bien, como los vegetales están espuestos á la acción del sol estas descomponen el ácido reteniendo el carbono y desechando la mayor parte del oxígeno; aquí vemos lo enunciado anteriormente que el agua sola es un vehículo. El oxígeno también entra en su composición, en grandes cantidades; de qué modo estos se proveen de él no es difícil comprenderlo, despues de los experimentos hechos con este objeto por los naturalistas modernos, no desechando todo el que acidifica el carbono, se quedan con cierta cantidad; el aire que circula á su alrededor, les cede también parte de él, que es absorbida por sus partes esternas, pero quien les suministra principalmente este cuerpo es el agua, por su descomposición en el tallo, descomposición de que las leyes químicas no nos dan una explicación satisfactoria, que la del ácido carbónico; á esta misma causa es debido el hidrógeno que contienen. Fácil es conocer á quien deben el azoe, siendo este uno de los componentes del aire.

Estos son los cuerpos que ocupan el primer lugar en su composición, dando además el análisis otros en mayor ó menor cantidad que por no ser necesarios realmente á su subsistencia se les considera como accesorios, tales como el protóxido de calcio, el sílice carbonato, fosfato y malato de cal, el nitrato de este y el de hierro; estos llegan ya formados sin duda alguna á él, porque de otro modo ¿qué acción química podría formarles, no entrando en la planta la mayor parte de sus componentes? Únicamente la existencia de ellos en la atmósfera ó la tierra pueden satisfacerlos. Su formación tampoco puede atribuirse al acto de la nutrición, como se ha dicho por algunos botánicos y físicos; según lo prueban los ensayos hechos con este propósito, la tierra es quien se los suministra, así como los alcalis.

Hemos visto al principio de este artículo lo que es la savia; réstanos decir por donde asciende de la

raíz al tallo y de este á las demás partes que se desarrollan juntamente con él. Diversas son las opiniones de los fisiólogos, sobre el órgano ú órganos que desempeñan esta función, los unos dicen se verifica por ascension por la médula, los otros al contrario, creyeron que por la corteza; pero habiendo recurrido á experiencias positivas, se han hallado las dos hipótesis igualmente erróneas; en efecto, según aquellas hechas por algunos célebres naturalistas, se vé bien que *ella* asciende al través de las capas leñosas: los vasos linfáticos repartidos en el tronco y especialmente en la albura, (1) son los conductores de este fluido, así como tambien la parte mas inmediata á la cáscara medular, es uno de los órganos destinados á este ejercicio; por estos y los vasos de la masa celular del tallo, sigue su marcha ascendente, repartiéndose por todo el vegetal; luego que llega á sus estremidades por una reaccion química, pierde cierta cantidad de agua supérflua á su conservacion; que se suele encontrar en las hojas y demás partes externas, si esta no es pequeña ó la temperatura es alta; entonces se dice que *traspira*. El agua así traspirada, cuya traspiracion se efectúa en estado de vapor, dá lugar en las mañanas de primavera y verano á lo que se conoce vulgarmente con el nombre de *rocío*, que no es otra cosa que el resultado de esta función propia del desenvolvimiento de la planta. El aire influye considerablemente en ella, cuando se halla en sus estremidades, modificándola y elaborándola convenientemente, para ser su alimento; en este estado principia á descender circulando por la parte vejetal del tallo hasta el nudo vital, denominándose entonces, *descendente*. Esta segunda savia no es de la misma naturaleza en todos los vegetales, en unos es blanca y de consistencia laecla, en otros ambrillenta ó parduzca, mas ó menos resinosa. Háse creído por algunos físicos y botánicos que esta, es debida á fluidos que se esparcen en el acto de la nutrición y que por consiguiente no son necesarios para ejercerla, confundiéndola acaso, con la escreción de que pronto nos ocuparemos.

La causa de la ascension y como esta se verifica fácil es explicarlo; si el vegetal no vive, nadie ignora que la savia no circula, la vida ejerce á no dudarlo, una acción poderosa en esta función, ahora bien, así como hemos admitido la *succión*, tambien existe una fuerza vital de la cual dependen todos los fenómenos de la vejetalacion, fuerza que caracteriza á los seres vivos y les sustrae de la acción de los agentes físicos y químicos á la cual no hay necesidad de recurrir para darnos cuenta de su marcha; pudiésemos concebirla valiéndonos de esta y los agentes mecánicos, qué diferenciara á la materia orgánica de la inorgánica? No solo obra esta sobre la savia para su ascension; existen ciertas causas internas y externas que la facilitan, tales como el mayor ó menor número de poros que tenga la corteza y su superficie, la temperatura, la luz y el fluido eléctrico; una atmósfera que marque de 8° á 20° sobre cero, favorece mas su desarrollo, que otra solo de 0° á 8°. En invierno la mayor parte de los vegetales, en particular los arbustos están despojados de hoja y así que llega la primavera, principia á aparecer la hermosura y verdor, de que un calor estre-

(1) La albura es la parte leñosa, tierna y blanca que se encuentra entre la corteza y el cuerpo del vegetal.

mado de estío y el frio rigoroso de invierno les habia desnudado.

La luz ejerce tambien gran influencia sobre ellas, plantas nacidas bajo las mismas condiciones que otras, privadas de esta, volviéndose á dar por un pequeño conducto á propósito, se las vé inclinarse hácia ella. Durante la noche se observa que toman diferentes posiciones, así de su tallo si no es leñoso, como sus hojas; bien diferente á la que tienen dia, y que desaparece si se las pone en parajes iluminados artificialmente ó cuando llega el dia.

Cuando la atmósfera está cargada de electricidad, las plantas se desarrollan considerablemente, lo que no puede suceder á menos que la savia reciba un gran impulso. Estas mismas causas obran casi del mismo modo en la savia descendente.

Ya hemos dicho que los vegetales *inspiran* ó absorben cierta cantidad de aire atmosférico y otros fluidos aeriformes que modifican la savia, así como que al descomponerse el ácido carbónico, *espiran* ó desechan parte del oxígeno de su composición, de aquí se deduce que las plantas, del mismo modo que los animales *respiran*, puesto que se verifican las dos funciones que la constituyen, con la notable diferencia de no producir el calor que se observa en aquellos; respirando de dia oxígeno y de noche carbono, mientras que en los primeros, la espiracion es igual. Ya sabemos que la inspiracion tiene lugar, la espiracion tambien se efectua, pues si introducimos un vegetal en agua se ven bastantes borbuja, semejantes á las que resultan de la inmersión de un animal, efecto del aire que espira al respirar.

Los vegetales gozan tambien de otra función propia de la nutrición en los animales, cual es la de espeler las materias innecesarias á la ejecución de esta; bien notables son en el pino y demás plantas de su familia las escreciones; estas son comunmente un fluido particular, que se condensa y solidifica en general, tales como, las resinas gomas, gomo-resinas, cera, etc. etc. La raíz de ciertas plantas por sus estremidades casi imperceptibles, suelen desecher materias provechosas ó perjudiciales á las que viven á sus inmediaciones, de aquí nace la *apatía* ó *antipatía* de ciertas de estas á vivir próximas las unas á las otras.

De estos útiles y agradables conocimientos, se deducen varias de las operaciones que vemos hacer diariamente á los agricultores, como el abono de estiércol y el mineral, etc. etc. La necesidad de no dejar vivir plantas que se destinan á nuestra alimentación á las inmediaciones de las que se conocen como venenosas: el buen resultado que se puede obtener del plantío de arboledas á las cercanías de las poblaciones populosas y en su interior, y otras consecuencias de grande interés, que me abstendré de enumerar por ser bien conocidas y no parecer demasiado difuso.

VICENTE ARRENTA.



LA VIRGEN DEL CLAVEL.

CIENTO MORISCO.

Recuerdo agradablemente que cuando niño, acostumbra mi buen tío á llevarme por las empinadas cuevas del Albaicín de Granada, hacia el severo convento de *Santa Isabel la Real*. Los oficiosas madres me llenaban de dulces los bolsillos, me abrumaban con preguntas y me agasajaban siempre como mejor podían; mas yo ambicioso y descontentadizo, guse singular empeño desde los primeros días en visitar el convento; entonces era bien inocente mi deseo. Llegada una pascua, cargado con un santuario todo cubierto de flores, entré por la severa portería cual si fuese un monaguillo de casa. Una venerable anciana me tomó de la mano, y dándome por entretenimiento un sabroso rosco de Loja, empezó á enseñarme las dependencias notables del edificio. Aquí la enfermería con su capilla triste y sombría, allí el gran patio gótico con sus cortinas blancas y sus claustros solitarios, silenciosos como las ruinas: después el coro con sus cuadros de Juan de Sevilla, sus rejas impenetrables y su santa melancolía; luego las celdas pobres, limpias y respirando tranquila bondad, los cuartos oscuros, sin adorno, retirados, donde en la cuareσμα lloran sus culpas pasadas las de corazón fervoroso: al fin salimos á un elegante corredor morisco que de filigrana parecía. Daba á un patio sembrado de flores, con setos de arroyanos, de gayombas floridas y de mejorana.—Era el *alfazí (patio)* del palacio magnífico de *Dar-la (Horra casa de la honesta)* (1), y formaba extraño contraste aquel voluptuoso apartamento oriental con la sombría parte del edificio construida á la manera gótica.—Bajamos al claustro, sostenido por columnas torneadas de mármol de Macael, con los capiteles pintados de azul, oro y carmín, atravesamos el jardín del centro, y fué la buena de la madre y se arrodilló delante de una pequeña capilla alumbrada por la oscilante luz de una lamparilla de plata. Hice lo mismo instintivamente y paré curiosa atención en el retablo. Estaba embudido en un arco árabe festoneado, lleno de labores de estuco que representaban bandas, divisas, flores, grecas y difíciles enlazados y coronado por una inscripción africana bañada de oro. El centro estaba ocupado por una virgen de talla, correcta como las de Miguel Ángel, que tenía los ojos elevados al cielo en ademán de súplica y un niño amparado entre los pliegues de su manto. Un broche sujetaba el manto sobre su torneado pecho: este broche era sobrepuesto, se asemejaba á un relicario, y al través del cristal circular, se entreveían las hojas secas de un clavel encarnado, solo el relicario tío toda mi atención. Díjome la buena madre que me acompañaba, que allí hacia muchos años se guardaba una flor, y que por eso aquella virgen era de las monjas conocida con el nombre de *la Virgen del Clavel*, aunque antes se llamaba nuestra Señora del Amparo. Pasáronse muchos años y yo no había podido olvidar aquellos claustros, aquel patio, aquella hermosísima imagen de la madre de Dios, y su poético nombre; mas al fin una comadre ochentona que jamás pierde el jubileo, y que me trata con singulares distinciones me aclaró el caso que voy á contar en gracia de Dios: si á pesar de todo te empeñas lector travieso, en sostener que gran parte es pura inven-

ción y mentira mía, no te dé mucha pena que tal vez acertarás.

Corrían los primeros años del siglo XVI, y poco á poco los cristianos con duro cetro iban domando la desazon y descontento de los moriscos granadinos que veían usurpadas sus tierras y ocupadas sus propiedades por los soldados conquistadores.

Los palacios y las casas de Granada comenzaban á desmantelarse de sus bellísimos adornos orientales; los baños y los bazares se cerraban, las armas moriscas se prohibían y las mezquitas bendecidas por los sacerdotes de Cristo se tornaban en iglesias. Una campana resonaba sobre las almenas de *la torre del Sol* y sobre el opuesto collado (uno de los siete sobre que se asienta Granada, cual otra Roma) en lo mas encumbrado de la pendiente que dá sobre la *rauda*, hoy plaza del Triunfo, y que forma en su falda la cañada por donde corre la calle de Elvira, se había construido una sencilla parroquia, la primera entre todas, conocida con el nombre de *San Cristóbal* por estar dedicada á este Santo.

En ella pues, y por los tiempos que decíamos, había un travieso sacristán, mozo en la flor de sus años, de ingenio agudo, robusto en fuerzas y sobrado en ahientos. Lo mismo le cuadraba la sotana que el colete de ante, y llevaba el hisopo con tanta desenvoltura, como la espada de ganchos. Llupaba los santos y acariciaba á las moriscas; era humilde con los viejos y daba cuehilladas á los bravos, y tal grandeza tenía en su descompuesta travesura que no se le importaba un bledo de las murmuraciones de todos, porque siempre fué de suyo irreflexivo y poco atento á consideraciones mundanas.

Mas obligación tenemos de fijar lealmente todos los rasgos de su carácter: llegaba un jubileo y su iglesia mas que parroquia parecía oratorio de monjas; se daba un rebato, y su tizona brillaba la primera. Querido de las hijas, maldecido de las madres, protector de pequeños, temeron entre valientes, tocador de guitarra, cantor de trovas, franco, gastador y buen mozo, su fama se extendía por todo el Albaicín y aun llegaba á la *rondilla* y al rincón de vagos.

Profesábale el Cura singular amor por haberle criado desde niño, y severamente le aconsejaba para que dejase su carrera de perdición, conteniendo tambien sus arranques en bodas y bautizos; mas como bondadoso y dócil acababa el buen ministro del Señor por arrinconar su gravedad oyendo las chuscadas y bernardinas del *huerfanillo* (asi le llamaba el párroco), y se alejaba de su presencia temeroso de provocar los ahientos y endiabladas aventuras del mozo.

Juan, quería como á las niñas de sus ojos al buen Cura su tutor y respetaba sus palabras y veneraba sus acciones; pero sus propósitos de arrepentimiento duraban menos que las nubes de verano. De repente la envidia del manco comenzó á ser notable; abandonó sus rondas estrepitosas, andaba cabizbajo y cejijunto, los ojos mortecinos, la gorra encasquetada y con aire y porte de hombre colérico consigo mismo, ensimismado y con penas.

Nadie podía dar con la causa y origen de semejante trastorno y solo una vecina curiosa y habladora columbró que á deshora de la noche, con paso de zorra, recatado de todos en el embozo de una larga capa, rondaba la casa de una morisca, encomendada para su conversión al Cura, por encargo especial del Arzobispo.

Poco sabían las conadres acerca de aquella mora; pero corrían voces de ser singular su hermosura y extraordinario su gracejo para los cantos y danzas orientales.

Anina, pues tal era su nombre, estaba en la mañana de la vida. Hija de un noble Zegrí (que fiel á toda prueba, murió gloriosamente en los muros de Loja), había quedado bajo la guarda de un muy distinguido morisco lleno de años, con premeditaciones de los suyos y de gran valer. Celoso el buen musulmán de los usos y creencias de su raza, ocultó para todos el tesoro que se le había confiado; y se deleitaba en la crianza de su hija adoptiva que mas hermosa y discreta era, mientras mas entraba en días. Siempre

(1) Esta casa verdaderamente regia y de la que se conservan vestigios en el interior y exterior del convento que aqui se describe, fue un regalo de boda que Muley-Hacen hizo á su esposa Aixa, que por su virtud se llamó la BOKKA. Aqui se refugio Boabdil cuando escapó de la Alhambra.

llevó Amina los trajes ricos que gastaban las moras granadinas de otros tiempos; apenas entendía el *aljamiado* cristiano y hablaba con singular perfección el *zouara* y púctico idioma de sus mayores.—Nunca pisó las tortuosas calles de la ciudad, ni vió mas campo ni tierras que el jardín de su guardador.

Los bandos crecían y rigorosos, ningún niño podía ser educado en la ley de Mahoma y las públicas oraciones se prohibían. Los ojos de la inquisición estaban muy abiertos; mas de todo se libraba el moro y Amina seguía oculta en sus alhigranados alhucies como una esmeralda engarzada en plata ó como una perla dentro de su concha.—La muerte vino á deshacer aquella obra con tanto afán conservada.

Amina rayaba en los quince años y era un portento de belleza; entonces fué descubierta en su retiro, porque su guardador dejó de existir, sin tener á quien encomendarla, que de su confianza fuese.

Llegó á oídos del celoso Arzobispo el abandono de aquella infiel, y por aviso especial el cura de S. Cristóval, varón de grandes virtudes, anciano de estrema mansedumbre y dulzura, se encargó de catequizarla. Con ella habian recogido á un su hermano, que fiero ya en su adolescencia, se fugó no sin intentar el llevarse consigo á Amina. Esta, pobre paloma sin hiel, pura como los ángeles, llena de amargura por la muerte de su segundo padre, sola como la flor de los valles, recibió con sabrosa admiración las palabras de consuelo que el párroco derramó en su oído y su corazón se hizo cristiano, antes que comprendiese su entendimiento las eternas verdades de la religión divina.

Despertóse su alma herida por el dolor y fortificada por la creencia, cayó la venda de sus ojos; y otro mundo riente, bañado con el sol de la verdad y de la poesía se desplegó ante sus ojos y engrandeció su pensamiento.

Otras pasiones tambien se despertaron en el fondo de su pecho que la llevaban á mares sin fin, sin luz ni color; mas las santas advertencias del cura calmaban el fuego de su alma africana, y saboreando las agradables prácticas de su nueva religion, sentía dulce calma y bienestar suave.—Parecia sin embargo, que estaba destinada por Dios á sufrir, el dolor habia punzado con sus ardientes espinas las delicadas alas de su corazón: el amor arrojó una tea en el pecho de Amina y todos los sufrimientos, las tormentas, la fatiga, y las tumultuosas alegrías, entraron de tropel por las puertas de su alma.

Una noche de agosto oyó á los pies de su ajimez una cancion melancólica y de amores que entonces con voz límpida, argentina y cadenciosa el sacristan de San Cristóval, y tal atractivo, tan misteriosa simpatía ejercieron en su corazón aquellas dulcísimas notas, que abandonando el mollido cojín de terciopelo se atrevió confusa, recelosa á echar una furtiva ojeada, al través de la celosía sobre el cantor nocturno. Frente de la ventana estaba Juan tañendo una guitarra con destreza y un rayo de la luna bañaba su frente despejada, altiva se reflejaba en su cabellera negra, y dibujaba su gallardo porte y allanera compostura. Sus ojos mas melancólicos aun, por la tibia luz de la hermana del sol, se elevaban al cielo como demandando consuelo á sus pesares, y su boca entreabierta dejaba escapar ineluctablemente aquellos sonidos que tan de lleno penetraron en el corazón de Amina.

Apenas divisó al galán quiso retirarse la morisca; pero los encantos de la armonía y la dulcísima atracción que emanaba de aquellos herosísimos ojos, de la apasionada expresión de aquel semblante, la sujetaban en el calado arquite del ajimez. Poco á poco la cancion fué mas tierna y amorosa, mas sentida, mas vivos y luminosos los rayos que de aquellas negras pupilas se desprendían, y la hermosa estaba como colgada de la música y del mirar.

Distraidamente habla cortado un clavel rojo como el carámin de las macetas que adornaban el ajimez.

El cantor terminó su trova y ella entusiasmada y con lágrimas en los ojos arrojó la flor que vino á caer

á los pies de Juan. Cuando la vió oscilar mecida por el viento, cuanto tocó el pavimento de la calle ya estaba arrepentida la niña; mas con gozo y contento vió al sacristan indultarse, recogerla con presteza, besarla con pasión y desaparecer como por encanto.

La torre de la Iglesia parroquial de S. Cristóval, domina los cerros de la ciudad, las casas todas y la campiña feraz y amenísima. Desde los arcos de su campanario se descubren á vista de pájaro las azoteas, los enredores moriscos, los patios y los jardines; desde allí parece en realidad la Damasco de los árabes, la Elvira de los romanos, la maceta de alhucies de los jardines de Andalucía; una granada partida en siete cascotes, cuyos granos son los rojos tejados de las casas.

Colocado en esta atalaya, habia visto el sacristan á Amina regar las plantas de su huerto (que casi tocaba con los muros del santuario) y en aquellas alturas nació su pasión, vigorosa con la juventud, ardiente y emprendedora por la fogosidad de su alma y su natural entusiasmo.

Horas enteras pasaba Juan, de pechos sobre el pretil, mirando á su amada recorrer los arriates y las macetas de claveles, mas hermosa que todos ellos, mas pura y mas ligera: allá en su fantasía de enamorado la comparaba con esas hadas que vemos en nuestros ensueños de niño recostadas entre las flores, mecidas por el viento en una nube de oro, y coronadas de estrellas.

En la mañana que sucedió á la nocturna serenata, aun no habia rayado la claridad del alba por las cumbres del Veleta, cuando ya nuestro sacristan ocupaba el alto mirador. La noche fué para él eterna, de agitados insomnios, de convulsivos, movimientos de fatiga, de calor, de esperanza, de vértigos, de colores y de felicidad.—Subió brincando por los triangulares peldaños, y se paró agitado y como satisfecho de sí propio, al observar que la ciudad dormida se extendía cual una niebla abigarrada, sin formas distintas, semejante al mar en calma, sin mas luz que los ténues reflejos del crepúsculo.—Es temprano, dijo en sus adentros,—y un rayo de placer encendió sus ojos apagados con las angustias de la velada. Sacó el clavel que principiaba á marchitarse lo examinó con ternura, lo besó una y mil veces, y lo guardó en el seno; buscando en aquella flor, prenda de su querida, frescura para templar el ardor que le devoraba el corazón.

Una corona de fuego empezaba á ceñir la cara frente de la Sierra Nevada, y sus picachos vestidos de hielo, despedían centellas como una diadema de brillantes. Torrentes de luz rosada bajaban por las laderas de la montaña, inundaban los valles, daban reflejos á las azoteas y terrados, y claridad á las calles y á los patios. Los ruiseñores, los gorriónes, los pilirotos que dormían en el jardín de Amina entre los laureles y los cipreses entonaron sus alegres y bulliciosos gorreos. La brisa empezó á estender lentamente sus alas: Juan se recostó en el antepecho del arco mayor de los que miran al collado del aceiteño.

La veleta y la cúpula vedriada de la torre se pusieron como el oro, el sacristan sintió un relámpago en los ojos, miró al oriente y vió asomar por entre las nieves convertidas en púrpura el ancho disco del sol.—Al mismo tiempo una nubes aérea como las nubes blancas, entraba en el jardín de Amina, llevaba una túnica de lana mas límpida que la piel del arminio, con rayas de seda carmesí, y sus negros cabellos estaban envueltos en una red de oro. Impio el sacristan como todos los enamorados, irreverente á fuer de monaguillo, creyó al principio que aquello se asemejaba á un arcángel. Mas no; era ella que venia con intencion de regar su jardín. Juan la vió estático por algunos segundos; después, saliendo de su arrobamiento, tomó el cable asido al badajo de la campana que servia de dosel á su cabeza, y sin separarse del arco, con notable exposición, empezó á tocar las campanas del alba, con un desenfado que mas parecia son de rebato ó toque de guerra: á seguir de tal manera, el barrío y la ciudad toda se hubiere puesto en arma. Pero Amina calmó aquella tormenta levantando sus ojos lánguidos (que tambien para ella

fueron de tormento las horas de la pasada noche) hacia el alborotado campanario.

La mirada de los dos amantes se encontró en medio del gran espectáculo de la alborada, en la poética y sentida hora de la oración de la mañana. Sus corazones desde entonces se ligaron para siempre y su vida fué ya semejante á la de esas palmeras que crecen en las islas de flores y de verdura del desierto, una para otra y sin mas destino que enretejer sus hojas, que cambiar el aroma de sus frutos y vivir con la frescura del arroyo que riega el pié de ambas.

Horas enteras pasaban los amantes por cien varas separados, unidos por el amor; y así se deslizaron días y días sin que otro pensamiento acudiera á su alma.

Amina, africana de sangre, mora en sus costumbres, cristiana en sus creencias, queria al travieso sacristan con el fuego del desierto, con el voluptuoso abandono de los orientales, con la poética humildad de la mujer esclava de su galán, con la integridad y espiritualismo de la religion cristiana. Juan estaba loco y muestras de ello daba á cada paso en sus distracciones fatales. El Cura no sabia cómo explicar tanta mudanza: el jóven vocinglero y calavera, atolondrado y bailador se habia convertido en un calladísimo y prudente mancebo; por fraile pasaria al ver su compostura y rostro macilento, si no diese continuos escándalos con sus irreverentes olvidos. Ni la casulla estaba á tiempo, ni los altares limpios, ni la iglesia barrida, ni las hostias prontas, ni animado el jubileo, ni acordes las respuestas del oficio divino. Las honradísimas comadres, llenas de religioso celo y con la mas sana intencion, murmuraban en el átrio de la parroquia viendo el cambio de Juanello y hubo mas de cuatro que dieron por seguro su hechizamiento, si bien otras se inclinaban, apoyadas en sucesos semejantes á que tenía demonios en el cuerpo, afirmando que no se veria curado sin su estolazo y exorcismo.

¿Qué le importaba al sacristan de todo ello? ¿Qué es el mundo para los que viven de las ilusiones del corazón? Un árido camino sin mas sombra amiga que la señora de sus pensamientos, un arenal sin mas riqueza que los tesoros de su amor; y ¡ojalá que nunca quisieran beber del purísimo raudal que llena de frescura y de flores el valle de su vida!

El sacristan no contento con ver libremente á su dama, no satisfecho con el misterioso lenguaje que lleva la luz de la mirada, el aura de los suspiros, quiso apurar la copa y regalarle con el sabroso licor de otros goces.

Arrojó una carta al jardin escrita en *algarabía* para hacerse entender mejor de la morisca.

Dos noches después al pasar recatado al pié de la celosía de Amina, un ramo de flores cayó á sus pies y conoció que era un *Salem* viendo la singular colocacion de los jazmines, de los claveles y del arravan. Ufano partió á casa de una vieja renegada, tendera al pormenor, habladora como pocas, y muy sabida: esta le explicó lo que ya su corazón adivinaba.

—Pecarillo, le decía la comadre después de examinar las flores, siempre lo mismo. Una cita de amores, y á la noche, tedá esta dama. En verdad que es principal á juzgar por el cordón de seda y oro con que está cogido el ramo. Buena suerte hribonzatelo ¡quién tuviera tus años!

Amor, risas y gozo van juntos según algunos amadores; mas parece que nunca sintieron latir en su pecho un corazón amante, los que tal doctrina sentaron; porque la melancolía, el dolor y la smargura son fieles compañeros de los que aman y sus alegrías son delirios que dejan luego honda pena y tristeza sin cuento: son para ellos como la brillante luz de los calentamientos; sueños azules primero, postrección y estupidez después.

Juan, así creía llegada la hora de la felicidad y el huérfano recordaba todas sus desgracias pasadas, su aislamiento y sus pequeñas miserias para recogerse mas con el presente contento; miraba el trabajo desierto de su pasada vida para descansar mas

satisfecho en el valle delicioso de las próximas caricias de Amina.

Doce horas pasó luchando el mancebo, doce horas eternas, angustiosas y que valían por doce años de la vejez; apuró en ella todos los sufrimientos. Cloraba, reía unas veces, se pasaba la mano por la frente como para arrancarse un mal pensamiento y otras queria clavar sus crispados dedos en el sitio donde sentía latir agitado el corazón.

Ni contar, ni discernir podemos el bullicio de ideas malas, buenas, alegres ó amargas, de recuerdos, de impresiones que en el fondo de su pecho se movían con presteza inconcebible, asomando unas, asentándose otras, volando las mas; que los secretos del corazón solo Dios que mide y pesa los humanos juicios puede verlos distintamente.

Llegó la noche y la hora de las once (para las doce era la cita) y la decision urgia. Juan no habia tomado ninguna; arrastrar en el cieno del vicio al purísimo ángel de sus amores, destrozar el corazón de la única persona que Dios dá consuelo y apoyo en el mundo, y torrar nuestros mas queridos y santos recuerdos, no es cosa para hecha de tropel cuando se tiene virtud en el alma.

(Continuará.)

J. JIMENEZ SERRANO.

Como teniamos pronosticado, el teatro del Principe ha pasado ya por una crisis que le ha puesto en peligro de tener que quedar cerrado, al menos hasta el otoño; al desprendimiento de los artistas que forman la brillante compañía de este coliseo, se debe que continúe trabajando, bien que sin ofrecer hasta ahora novedad alguna. Afortunadamente la temporada de verano se acerca y será la que saque al primer teatro de la Corte de la tutela lamentable que en él ha ejercido una comisión municipal, que será muy á propósito para dirigir todo género de negocios, pero que de seguro es desgraciada para mezclarse en cosas que al teatro atañen. La Cruz ha interrumpido las piezas andaluzas para dar lugar á la traducción de un drama titulado: *Un buen hallazgo*, que el público obrando con mucha indulgencia recibió con algunas señales de desaprobacion, y á una bellísima comedia de Scribe que con el título de *La farsa ó verdad y mentira* ha traducido el Sr. Yega. En esta notable produccion se encuentran reunidas todas las buenas dotes que distinguen á las obras superiores de su querido autor, y se ridiculizan y ponen en evidencia ciertos vicios que se advierten en la sociedad actual. Recomendamos á nuestros lectores la asistencia á las representaciones de esta comedia, en la cual trabajan con acierto los principales actores de este coliseo, si se exceptúa al Señor Tamayo quien no puede abandonar sus defectos habituales. Tambien en el Instituto se ha estrenado con mediano éxito el drama *Un juramento*, que está tomado de una interesante novela de Faval y arreglado por los Señores Cadete, Tamayo y Kaus, y Guerra y Orbe.

No ha sido posible dar cabida á otra lámina que debia ir en este número; nuestros suscritores saben que siempre son recompensados con usura de estas faltas involuntarias.

Hemos visto una lindísima composicion del gusto árabe, que D. Antonio Arraex ha hecho para el album de un amigo; es una combinacion de todos los detalles del palacio del Alhambra, dibujada con una precision admirable, é iluminada con la mayor minuciosidad y esmero; el Señor Arraex, que hace años se halla dedicado á trabajos de este género, ha adquirido en aquel bello estilo de arquitectura, los profundos conocimientos que el público tendrá ocasion de admirar en la obra de que nos ocupamos, si como es de creer se presenta en la próxima esposicion.